

NUEVA ACTITUD EXTERIOR DEL BRASIL

JOSÉ HONÓRIO RODRÍGUES
Director del Archivo Nacional del Brasil

NO PODEMOS OLVIDAR nuestro destino histórico, manejando nuestra principal arma política-diplomática: la igualdad racial y social, en una política enteramente nuestra, independiente, que tienda a seducir a las masas africanas, recuerde nuestro mestizaje, nuestro anticolonialismo, nuestra degradación inicial, nuestro anti-imperialismo, nuestro pacifismo, nuestro respeto a todas las naciones. De esta manera, no es sorprendente que candidatos a la última elección presidencial, como Janio Quadros, hayan manifestado desde un principio la decidida intención de volver a formular nuestra política exterior, aproximándonos a esos pueblos.

El día 12 de mayo de 1960, en reunión del Partido Republicano, Janio Quadros, después de hablar sobre las experiencias de su viaje al Extremo Oriente y al África, dijo que el Brasil no podía continuar en la posición tímida en que se encontraba, pues tenía el camino libre en Asia y en África. La ampliación de las relaciones internacionales y las ventajas del intercambio comercial aumentarán nuestra autoridad internacional, pues ya somos un país con futuro definido, que no puede permanecer como simple miembro de la comunidad sudamericana. Debemos —dijo Quadros— mantener relaciones diplomáticas con todos los países, siempre que exista un interés nacional. Parece haber sido ésta la primera manifestación del entonces candidato a la Presidencia en favor de nuestras relaciones con los pueblos africanos.

Poco después, el 31 de mayo, afirmaba: “Las líneas generales de la diplomacia brasileña se mantienen adscritas a moldes victorianos. Me parece indispensable actualizar la orien-

tación y los procesos de nuestra política internacional. Debemos ser más objetivos, más prácticos, más dinámicos". En cuanto a la participación del Brasil en las conferencias promovidas por los países afro-asiáticos decía que "por las características de su economía, por su origen racial, por los sentimientos de su pueblo, cabe a Brasil una relevante posición en el despertar del inmenso mundo afro-asiático. La diplomacia brasileña, desgraciadamente, ha perdido, incluso por omisión, las oportunidades de la solemne hora actual. Los grandes Estados nacidos en África y en Asia necesitarían encontrar, en la madurez internacional del Brasil, el ánimo que les falta para abreviar la emancipación inevitable".

En la visión de los acontecimientos actuales se reveló el candidato Quadros como mucho más preparado y audaz que su adversario. No temió visitar Cuba y reafirmar en varias oportunidades la línea independiente de aproximación con todas las naciones y de solidaridad con los pueblos africanos. La victoria del mes de octubre vino a consagrar esa directriz. En el discurso ante el Tribunal Superior Electoral, el 31 de enero de 1961, el Presidente electo declaraba que, "en esta hora en que países y pueblos secularmente dominados se levantan y se liberan de la opresión colonialista, mi elección para la Presidencia tiene un aspecto que merece ponerse de relieve en la historia: la oposición llega al Gobierno en obediencia a la voluntad popular expresada en la contienda". Y, además, en el mensaje dirigido al pueblo brasileño a través de la *Voz del Brasil* confirmaba: "Atravesamos horas de las más confusas que la humanidad ha conocido. El colonialismo agoniza, avergonzado de sí mismo, incapaz de solucionar los dramas y las contradicciones que engendró." Confirmó, después, su compromiso de una política de independencia y de relaciones con todos los países: "Abrimos nuestros brazos a todos los países del Continente. Formamos una comunidad sin prevenciones político-filosóficas. Nuestros puertos recibirán a todos los que quieran comerciar con nosotros. Somos una comunidad sin rencores o temores. Tenemos plena conciencia de nuestra pujanza para que nos arredre el tratar a quienes sean."

Esta confirmación de “una política soberana, pero soberana en el sentido real y amplio, frente a todas y cualesquiera potencias”, era una señal de madurez que no engañó interna o externamente a nadie, porque fue enunciada durante toda la campaña; que no perdía tiempo en iniciar la política de aproximación con todos los países y, consecuentemente, con los africanos, a los cuales nos liga un destino de influencia para la paz, que no puede ser aplazado; era, en fin, una política que nos liberaba de aquellas clasificaciones tan comunes en la literatura política internacional. La llamada latinoamericanización o sudamericanización, que equivale a la “satelización” económica del Continente a los intereses norteamericanos o del imperialismo europeo. Usan tal denominación estudiosos como Tibor Mende, o Paul Marc Henry, y equivale a la llamada “mongolización”, es decir, la subordinación de las zonas del Báltico y de Europa Oriental a los intereses soviéticos. Era, en fin, la política exterior que decidió formular un Presidente en ejercicio de sus atribuciones constitucionales privativas, y apoyado por una efectiva mayoría que lo escogió.

Hemos experimentado, en estos últimos períodos, cambios rápidos y fundamentales y nada nos impide, por ejemplo, encarar el surgimiento de las nuevas naciones independientes. La opinión pública y popular apoyó las modificaciones anunciadas en el voto de octubre, y ella constituye uno de los pilares de la política exterior.

El Presidente, con su Ministro y con la ayuda del Congreso, era quien encabezaba nuestras relaciones exteriores. Truman afirmaba que el Presidente es quien formula la política exterior, y tuvo que tomar graves decisiones. En nuestro Presidente, como Jefe del Estado, se encarnaban la dignidad y la soberanía de la Federación y la imagen que de nosotros mismos proyectábamos más allá de nuestras fronteras.

La solidaridad de nuestras alianzas; nuestras relaciones con todos los pueblos, inclusive los nuevos; el crecimiento ordenado de nuestra economía; la capacidad de las fuerzas armadas; la posición de nuestros productos en el comercio exterior; las necesidades urgentes de la educación; el deterioro de los

transportes y su mejoría; en fin, todos los problemas dependen de la iniciativa presidencial. Por eso el Presidente debía poner en práctica todas sus experiencias, todo lo que leyera y aprendiera, toda la comprensión que tuviera de su pueblo y de las otras naciones, toda su fe, toda su conciencia, todo su valor cuando decidía —y tocábale decidir— los rumbos de la vida nacional e internacional.

A su lado, en este último caso, está su Ministro del Exterior, que también antes afirmara y reafirmara su posición anticolonialista, como en el discurso pronunciado en la Cámara de Diputados el 13 de agosto de 1958, o su adhesión a la aproximación a los pueblos afro-asiáticos, en el Senado, el 30 de junio de 1960. Al tomar posesión de la cartera del Exterior, el 1º de febrero de dicho año, afirmaba Afonso Arinos de Melo Franco: “el Brasil se encuentra en situación especialmente favorable para servir de eje o de lazo de unión entre el mundo afro-asiático y las grandes potencias occidentales. Pueblo democrático y cristiano, cuya cultura latina se enriqueció con la presencia de influencias autóctonas, africanas y asiáticas, somos étnicamente mestizos y culturalmente mezcla de elementos provenientes de las inmensas áreas geográficas y demográficas que en este siglo se abren a la vida internacional. Además de eso, los procesos de mestizaje con que la metrópoli portuguesa nos plasmó, facilitaron nuestra democracia racial que, si no es perfecta como lo desearíamos, es con todo la más avanzada del mundo. No tenemos prejuicios contra las razas de color, como ocurre en tantos pueblos blancos o predominantemente blancos; ni prejuicios contra los blancos, como sucede con los pueblos predominantemente de color”. Y concluía: “consiguientemente, el ejercicio legítimo de nuestra soberanía nos llevará, en la política internacional, a apoyar sinceramente los esfuerzos del mundo afro-asiático por la democracia y la libertad”. Reconocía, como en julio de 1960, que nos asemejábamos a los países subdesarrollados del África, del Medio y del Extremo Oriente, aunque estuviésemos más maduros en el campo jurídico y político, e interpretaba la victoria aplastante de Janio Quadros como expresando el rechazo, por nuestro pueblo, de la dictadura de cualquier especie. El Bra-

sil, país anticolonialista y anti-racista, está convencido de la necesidad del desarrollo como base de la democracia.

Todas esas directrices se vinculaban con las afirmaciones anteriores y posteriores a la elección del Presidente y de su Ministro, que, al conceder su primera entrevista a la prensa, reafirmó el carácter de total independencia de nuestra política exterior y nuestra simpatía por los pueblos salidos de la opresión colonial o aun sumergidos en ella. Los pueblos mestizos como el del Brasil —dijo entonces— no mancharon la historia como las llamadas “razas puras” o “blancas”; el anticolonialismo brasileño no se limitaba al reconocimiento y al apoyo a las naciones que acaban de liberarse, sino comprendía la liquidación del colonialismo en conjunto, animada y favorecida por nuestro impulso político de apoyo incondicional, frenado, sin embargo, siempre que significase la interferencia en asuntos internos de otros países.

Debida como lo estaba la competencia privativa de la Presidencia y del Senado en materia internacional, el hecho es que competía exclusivamente al Presidente de la República “mantener relaciones con estados extranjeros”, lo que equivalía a investir al ejecutivo del poder de conducir las relaciones internacionales y, de esta manera, de adoptar la política de puerta abierta para el comercio con todas las naciones, de aproximarnos a las naciones africanas liberadas, y de favorecer la lucha anticolonialista. El problema de la fragmentación del poder existía en otros aspectos de la política, pero no en éste, en el que no se atomizaba el liderazgo presidencial, que tenía y debía ser dinámico y autónomo. El Congreso no fue creado para gobernar, sino para legislar, y no debía someterse blandamente a la voluntad del ejecutivo; debía favorecer la ejecución de un propósito nacional, tal como el manifestado por el Presidente Quadros, de una política verdaderamente soberana, independiente y anticolonialista.

Con el apoyo del Congreso pudo la Presidencia iniciar un mayor entendimiento con todos los pueblos, llevando al plano internacional una contribución valiosa de equilibrio entre nuestros compromisos con el llamado Occidente y las nuevas amistades que debemos buscar en el mundo afro-asiático, sin

olvidar que si la América "Latina" nos importa mucho, el África también nos interesa otro tanto. Con eso no entramos en variantes o encrucijadas, sino en el camino de la comunidad internacional, a la que pertenecemos, sin exclusiones que nuestra formación mestiza, colorida racial y culturalmente, nos impide formular, o que nuestra soberanía rechaza que nos sea impuesta.

Si la Operación Panamericana constituyó un servicio relevante, dando base económica a la solidaridad continental —según las líneas establecidas por la Conferencia de Bogotá e impulsándolas—, la política brasileño-africana puede mostrar al África que pueblos "afro-occidentalizados" como el nuestro se afilian, sin desequilibrios absurdos, a las más variadas formaciones. El nuevo rumbo no significa que nuestra preocupación fundamental sea, por ejemplo, el África, sino que no nos aislemos en la América Latina, ni nos alejemos de todo lo demás, encerrados regionalmente en el Continente. La hora de la decisión no consiste en proclamar única y exclusivamente nuestra filiación occidental, no solamente porque sería falso considerarnos única y exclusivamente latinos y occidentales, como porque éstos han tomado, durante su supremacía, el aire de dueños de la civilización mundial, a los cuales otros pueblos, como el nuestro, se agregan o se inclinan.

La decisión consiste en afirmar que la gran mayoría de la humanidad no considera a la cultura occidental, actualmente deseuropeizada por la jefatura americana, como el único ideal al que debemos aspirar. Su mando ha significado el predominio de varios mitos de inferioridad, con los cuales ella impuso la sujeción colonial o semicolonial. Es preciso recordar, en principio, que no se conoció en la Antigüedad, como contraste cultural, la dualidad entre Occidente y Oriente. La primera expresión sólo adquiere sentido (como mostró Huizinga) si con ella se sub-entiende la cristiandad latina, después de que ésta se aisló, a mediados de la Edad Media, de los países que no encontraron en Roma el fundamento de la Iglesia. Fue la escisión definitiva entre la Iglesia Romana y el Patriarca de Constantinopla, a mediados del siglo XI, lo que dio origen al dualismo. Ninguna razón geográfica o etnográfica explicó

la separación, ni el advenimiento del islamismo provocó la ruptura, pues la España mora no representaba al Oriente.

De esta manera, lo que llamamos Occidente sólo aparece con la cristiandad latina, forjada especialmente en el siglo XII. Pero, en realidad, no podemos hablar de un fenómeno histórico único, susceptible de una designación como aquélla, en vista de que la propia civilización occidental contiene en sí misma formas extremadamente variables. Una América del Norte o del Sur no sólo es occidental, así como una Rusia no es esencialmente oriental. Los Estados Unidos o el Brasil, por ejemplo, son sociedades africanizadas y aborinizadas multi-raciales y multiculturales. En el Brasil no faltó, a través de Portugal, como mostró Gilberto Freyre, la propia influencia árabe y mahometana, próximo-oriental, ni la extremo-oriental, tan avivada por el contacto y la relación continua, en la época colonial y contemporánea. Sería, así, falsa cualquier pretensión exclusiva euro-occidental dominante en las capas superiores de la sociedad; por lo demás, mestiza afro-indígena-occidental en las capas más amplias de la población, aun cuando prevalezcan, por imposición de la minoría, los ideales trasplantados de la llamada civilización occidental.

Los estilos de vida diferentes, en regiones más avanzadas o más atrasadas, que caracterizan a los varios "Brasiles", marcan los sistemas de civilización occidentales y mestizos. Es lógico que el proceso de expansión de la civilización occidental en el Brasil sea extremadamente complejo y predomine aún en el mestizaje cultural. Es necesario recordar, como dice Florestán Fernandes,¹ que la construcción occidental se hizo por un agente ya en sí mismo mestizo de otras culturas afro-árabes y de las más atrasadas de la civilización occidental, a tal punto, que la distancia entre el patrón occidental de zonas urbanas e industriales del Brasil es menor con relación a los centros creadores europeos, que los más adelantados de Portugal. Además de ello, la civilización occidental brasileña es también mestiza, y a no ser por los ojos de su minoría oligárquica, ya no ve tan amenazada por el sufragio universal a la cultura occidental como el único ideal a alcanzar. Su desdramatismo se hizo evidente en estos últimos años; pues tanto la

sociedad liberal como la comunista se originan en el occidente europeo, cuya formación en amplias bases cristianas se modifica bajo los impulsos del judaísmo, del helenismo y del racionalismo.

No sería extraño aceptar así, sin mayores dilaciones, aquellas palabras de Juan Guéhenno: "No hay ni Este ni Oeste, puesto que el mundo es uno." O, más aún, simplemente no saber si lo mejor y lo mayor se sitúan un poco más al Oriente, o al Occidente; ni tanto en Asia, ni tanto en Arizona. ¿No acaso practican la Unión Soviética y la China Continental una herejía occidental, nacida en la misma cuna de la filosofía alemana, madre generosa de las concepciones de la vida occidental y sombría fecundadora de los más horrendos crímenes que manchan la historia contemporánea?

Ni la latinidad une enteramente nuestro destino al de Europa Latina, parte del Occidente, que hace muchos años ya no encabezaba; ni somos tan latinos con la africanización, la "tupinización" y los distintos mestizajes culturales. Las afinidades espirituales o lingüísticas que nos aproximan nos unen tanto como unen a los franceses, españoles, italianos, portugueses y romanos, en los substratos socio-culturales comunes, y nos distinguen en las diferenciaciones de occidentalización, en la heterogeneidad económica, en las directrices políticas, en las interrupciones históricas. Si en Europa las valoraciones latinas varían tanto entre descendientes directos y las anomalías o anacronismos se impusieron por el proceso histórico y por las oportunidades económicas, ¿qué decir de la latinidad de la América de origen hispánica o simplemente de la nuestra?

"Quédase a pensar entonces —como escribió Gilberto Amado— ¿a qué latino se refiere? ¿Al napolitano, mezcla de todas las razas mediterráneas; al francés, después de tantos siglos de ocupación bárbara; a la España visigoda; al Portugal suevo, al florentino etrusco, erecto y severo? Hablamos una lengua neolatina, pero no formamos parte de ninguna comunidad latina. . . En nuestra sangre, si hay gotas de latinos ancestrales. . . , deben ser tan pocas, que no son suficientes para darnos el derecho a considerarnos descendientes del Lacio".²

Somos una república de mestizos, étnica y culturalmente,

de mulatos, caboclos, caribocas, cafuzos, que poco tienen de latinos y que no pueden aceptar, sino por imposición de una minoría, como se ha intentado, una política de subordinación a una fracasada hegemonía francesa, inventada por Napoleón III para restaurar el poderío de su país a costa de los pueblos de lengua neolatina. Primero, porque hoy cualquier plan de comunidad latina es anticuado y arcaico; y segundo, porque ya en su época era falso presentar al pueblo francés como el heredero de la antigua Roma y el perpetuador de su espíritu y de su grandeza, frente, especialmente, al gobierno inglés que en sus puntos fuertes y débiles —como recalcó Bryce—³ más se asemeja al gobierno de la república romana.

Somos tan falsamente latinos como los Estados Unidos son teutónicos, especialmente si consideramos que Minas y Bahía fueron tan africanizadas y San Pablo y Amazonas tan “tupinizadas”. Consecuentemente, si el Occidente básicamente contiene a la Unión Soviética, y si nosotros nos componemos de elementos no occidentales, africanos y tupis, no podemos aceptar como indiscutible un compromiso de filiación, sin divergencias.

Es cierto que nuestro destino se liga al del “Occidente” por el régimen representativo, por las garantías individuales que constituyen nuestra aspiración política, por el terreno económico y tecnológico, que favorece una mayor implantación y progreso del sistema “occidental”. Nadie puede olvidar que los Estados Unidos, que encabezan al mundo “occidental”, todavía ocupan el primer lugar en nuestra política económica y exterior. Pero nadie debe olvidar tampoco que por nuestros propios mestizajes culturales y étnicos somos el pueblo más autorizado para hablar a los nuevos pueblos africanos, desempeñando un papel importante no sólo en las relaciones “Oriente” y “Occidente”, sino en las de “Occidente” y “África”.

Lo que poseemos además de occidentales, como la democracia étnica y la formación igualitaria multi-racial y multicultural fortalece nuestra aspiración y creencia de que podemos desempeñar un papel constructivo en la presente crisis internacional, tan justificado moralmente como el que Nehru

representa. Estamos liberados de todas las sombrías manchas del pasado, al revés del "Occidente" y de la Unión Soviética, porque venimos aniquilando las diferencias y desigualdades conceptuales entre los hombres, o no deseamos destruir la tolerancia y las creencias espirituales.

Arnold Toynbee escribió que "hay para el Brasil una misión evidente, que, por lo demás, ya está cumpliendo: la de llevar a buen puerto nuestra tarea común de unificar a la humanidad. Mi retrato del Brasil es el retrato de un país en el cual las diferencias físicas de raza pierden muchísimo de su valor frente a una identidad de religión y cultura. Los brasileños no están aislados, creo, en la posesión de esa gran virtud social. Los pueblos musulmanes se distinguen también por una noble tradición de subordinar diferencias raciales a la comunidad de cultura y de culto". Pero no son los musulmanes o la mayoría no occidental despierta quienes dominan al mundo, y sí la minoría occidental. Por ese motivo, agregaba Toynbee en 1951 que las virtudes y los vicios de los pueblos occidentales tienen, sobre el mundo de hoy, un efecto mayor que el de los vicios o virtudes de aquellos otros pueblos: "He allí por qué la superioridad del Brasil a los prejuicios raciales me parece un importante y auspicioso marco en los caminos del mundo actual, que casi sólo angustia inspiran. Esa virtud brasileña tiene un especial valor por ser, desgraciadamente, un tanto rara en el conjunto del mundo occidental. Un país occidental que practica esa virtud está, por lo tanto, prestando un notable servicio a la causa humana común de reconciliar diversas razas, religiones y culturas. Yo añadiría, además, que un país occidental, victorioso en cuanto capaz de superar, en su propio territorio, el prejuicio racial, puede encarar el futuro con mayor confianza y serenidad que sus contemporáneos del otro lado del Atlántico que, inquietos pero obstinados, viven hoy en día encima de volcanes."⁴

Es evidente, entonces, el impacto de esos valores morales sobre nuestra política exterior y la aceptación implícita de los cinco principios de Nehru: el respeto mutuo por el territorio de cada uno; la no agresión; la no interferencia en los asuntos internos de otras naciones; la igualdad y el beneficio mutuos;

la coexistencia pacífica. Pero, como declaró el propio Nehru,⁵ una política exterior no es una declaración de principios ni una directriz que diga al mundo cómo debe comportarse. La política exterior está condicionada y controlada por la propia fuerza nacional.

Frente a la invulnerabilidad mutua en que se encuentran los dos gigantes del poder, el culto del "no alineamiento" se expande y genera el neutralismo, que tantas naciones afroasiáticas adoptan actualmente. La fe política de la coexistencia pacífica fue fundada en el progreso triunfante de las luchas anti-imperialistas. Pero todos reconocen que, a excepción del Congo, en donde los belgas maniobran tras bastidores, la mayoría de los nuevos estados africanos ganó su independencia sin lucha armada. Si nuestro "reino" no es el neutralismo, como muchos sostienen, somos, como la India en el Oriente, el lazo entre el Occidente, entendido en sus valores técnicos y económicos y en su fe cristiana y democrática, y el África. Si en el África el cristianismo está constituido por una pálida minoría, la democracia étnica y los otros valores de nuestra jornada histórica pueden auxiliar nuestra acción de amistad y cooperación, sin compromisos militares ni obligaciones irrenunciables de defensa en favor de uno u otro bando; nos corresponde, así, adoptar una posición de equilibrio y armonía entre unos y otros, empleando los recursos de nuestra habilidad de acomodo, sin olvidar que nos afiliamos a unos u otros, sin importar que sea más a unos que a otros. Por lo tanto, una nueva política externa independiente debe comenzar no sólo por la regionalización de la Operación Panamericana, o por la continentalización de nuestra política exterior; debe comenzar también en África, por una política de explanada, supercontinental, que asegure nuestra posición actual y futura. Contra las discriminaciones europeas o norteamericanas, nos corresponde intentar la defensa de nuestros objetivos actuales, muchos de los cuales se transformarán en permanentes, como es el caso del África y de la América "Latina".

Conviene, sobre todo, conservar una posición bastante libre en el juego internacional y no servir de peón para uno u otro gigante. El punto central de la situación internacional,

como un todo (como acaba de acentuar Woodhouse),⁶ está en que las relaciones de las principales potencias, o especialmente de las dos grandes potencias, se orientaron desde mediados de 1950 hacia un "punto muerto", en el cual la guerra es improbable, lo que puede significar la paz permanente.

Puede ser que muchos todavía no hayan advertido que las armas nucleares redujeron el riesgo de una guerra mundial, como lo reconoció en 1955 el *Defence White Paper*. El desarrollo de las armas nucleares y particularmente la paridad alcanzada desde 1954, eliminaron la posibilidad de guerra entre las grandes potencias y no existe la hipótesis de guerra por error o accidente, ya que todos se encuentran alertas sobre las consecuencias fatales de su uso, o simplemente porque no hay guerra por accidente.

Además de lo anterior, aun sin la invención de las armas nucleares, la distribución del poder en el mundo es más estable desde 1945, de lo que fue de 1895 a 1945. El período de rápidos cambios y de disparidades en la balanza del poder viene siendo sustituido por un nuevo equilibrio o una ruda igualdad de fuerzas. La segunda guerra mundial completó el período de transición, y la paz de 1945 representará un papel muy significativo en la historia del mundo, como tan certeramente señaló Barraclough. Al revés del acuerdo inevitablemente artificial de 1918, la paz de 1945 se basó en importantes realidades que anteriormente se desconocían o no se aceptaban, tales como, por ejemplo, el traspaso del poder europeo a los nuevos protagonistas, Estados Unidos y la Unión Soviética; el nacimiento de las potencias medianas o deuteragonistas, como China, el Brasil, la India, el Canadá, Australia; la mayor significación de la América Latina y el surgimiento del África, si no como fuerzas propias, por lo menos como extras o figurantes en la escena mundial, y no como simples ceros que se ponían o disponían en favor o en contra de este o de aquel poder. Pero el punto muerto nace del reconocimiento, por los Estados Unidos, de su inescapable posición de potencia mundial y del reaparecimiento de Rusia como otra potencia mundial, y, especialmente, del hecho de que ambas se convirtieran en potencias de escala tan colosal, que ninguna

de ellas puede derrotar a la otra, cualquiera que sea el número y variedad de sus aliados.

Es esta última consideración —más importante que la paridad, pues todas las pequeñas diferencias son puramente marginales y la lucha por las ventajas constituyen un objetivo sin sentido— la que conduce a todos los participantes (y nosotros queremos ser uno de ellos, no limitados a la regionalización de la Operación Panamericana) a hacer todos los esfuerzos para asegurar las mejores posiciones antes de que sea tarde. La relativa estabilidad actual sugiere una inmediata y rápida adaptación a los cambios monumentales que están ocurriendo en la balanza del poder y que sólo han acontecido rara vez en la historia.

Este ajuste no se completará sin tensiones y fricciones y sin él no habrá posibilidad de actuación, si no importante en el futuro, por lo menos regular en el presente; pues el mundo, en su marco dominante, estará necesariamente cerrado a otros participantes. La realidad del “punto muerto” y la necesidad de una posición intercontinental deben conducirnos a rehusar el papel secundario que nos proponen la Operación Panamericana y la O.E.A. de ser, en el campo político-económico, una parte de la América “Latina”; y, en el campo militar, asociado de los Estados Unidos. La política exterior debe planearse para el futuro y exige grandes mapas que ofrezcan grandes perspectivas para que el Brasil, como un continente que es, ejerza papel extra-continental. De allí el sentido nuevo y original de la política exterior iniciada por el Presidente Quadros, la cual, llevada a todas sus consecuencias, podrá asegurarnos esa posición que el punto muerto internacional sugiere y permite.

El nuevo sentido no consiste, por lo tanto, en caminar abiertamente hacia el neutralismo, o hacia la llamada “tercera posición”, ya que son inequívocos nuestros lazos esenciales con el llamado Occidente, sino en dar mayor libertad de movimientos a nuestro juego diplomático; en no permitir que nos empujen contra nuestros propios intereses económicos de expansión comercial; en asegurar una posición intercontinental más favorable. El interés nacional debe predominar aún

sobre compromisos anteriores que deben ser revisados a la luz de los objetivos nacionales, actuales y permanentes. Nuestros intereses están por todas partes y no sólo en la América Latina o en la O.E.A. Al equilibrio del poder, en punto muerto, debemos oponer la coordinación de nuestros intereses con los de varios otros estados de todos los continentes, comenzando por los africanos. Ofreceremos a todos una política de buena voluntad, de cooperación y de acción internacional constructiva y respetable, ajustando intereses y oportunidades, respetando la personalidad histórica y la dignidad internacional de todos. Ese realismo de la posición y el ideal de cooperación que el Presidente Quadros ofreció, y en el cual debemos proseguir, sin virajes revolucionarios, abogando por unas relaciones mejores con todos y cualesquier bloques, Occidental y Oriental, pero sin olvidar los lazos tradicionales que nos unen a los Estados Unidos y a la Europa Occidental.

No estaríamos a merced de nadie, ni admitiríamos insolencias o falta de atenciones, no sólo de la especie de aquella que la Unión Soviética nos hizo y de la que resultó el rompimiento de las relaciones diplomáticas, sino de otras, como la amenaza de la Alemania Occidental, de que rompería con el Brasil si éste reanudaba sus relaciones con el bloque oriental, hecha aquí en Río de Janeiro, por el Presidente del Parlamento Federal de Alemania, y nuevamente repetida en el caso de la misión João Dantas en Alemania Oriental. ¿Será que Alemania Occidental dicta las relaciones internacionales de otros países libres?

La política exterior es una de las palancas de la revolución social pacífica y la independencia consiste, fundamentalmente, en las relaciones exteriores libres y soberanas. Me parece que el Presidente Quadros interpretó con gran sagacidad el actual momento histórico e intentó ajustar nuestra política exterior a los objetivos nacionales ampliados por la oportunidad internacional.

La renuncia del Presidente Janio Quadros el 25 de agosto de 1961 originó una grave crisis política militar, con la solicitud de impedimento del Vicepresidente solicitada por los ministros militares interpretando los vetos oligárquicos de

grupos minoritarios militares, de extremistas de la derecha, de "macartistas" y de grupos de presión y de intereses con ideas retrógradas. La oposición decidida del Congreso, del pueblo, de la prensa, de la opinión pública y de la mayoría del ejército evitó el golpe. La solución transaccional, con la enmienda parlamentaria, si constituyó un retroceso, porque defraudaba la victoria electoral de octubre de 1960 y falsificaba el proceso histórico, fue también una victoria, porque impidió el acceso al poder de los elementos más reaccionarios. En la balanza de las fuerzas no se consiguió desviar al Brasil del camino democrático. Parece cierto, también, que el desafío aceptado y ganado por las fuerzas democráticas no desviará nuestra política internacional del rumbo libre e independiente que venía siguiendo, a pesar de los equívocos en que varias veces se incurrió.

El mantenimiento del nuevo sentido de la política exterior brasileña, sin los excesos formales de Quadros, ha venido siendo defendida en el Congreso y en la prensa como conveniente a los intereses permanentes del Brasil. La política exterior brasileña respeta su tradición histórica y apunta a sus objetivos actuales y de liderazgo de una creciente afirmación de independencia de las naciones latinoamericanas. La doctrina Quadros-Arinos, "por su realismo, por su adaptación a los principios americanos tradicionales —no intervención, autodeterminación, igualdad jurídica de los estados, solución pacífica—, a las actuales circunstancias continentales... no solamente constituye una garantía para los pueblos de las repúblicas latinoamericanas, sino el punto límite al que pueden aspirar los Estados Unidos en su concepción del Sistema Interamericano".⁷

NOTAS

1 *Mudanças Sociais no Brasil*, São Paulo, 1960, p. 161.

2 "Sabor do Brasil", *Cruzeiro*, 1953, pp. 43-4.

3 *South-America*, Londres, 1912, pp. 512-13.

4 "O aniquilamento das distâncias", número conmemorativo do cinquentenario, *Cultura occidental*, p. 11.

5 *Speeches*, 1949-53.

6 *British Foreign Policy Since the Second World War*, Londres, 1961.

7 *Política internacional* (Buenos Aires), núm. 17, p. 32.